
ESTUDIOS DE PRENSA
PRESS' STUDIES

***LA MATANZA DE 1932 EN EL SALVADOR, ANTICOMUNISMO Y
DEMOCRACIA EN COSTA RICA***

***THE KILLING OF 1932 IN EL SALVADOR, ANTICOMMUNISM AND
DEMOCRACY IN COSTA RICA***

Chester Urbina Gaitán*

RESUMEN

Los intelectuales y políticos que escribieron en *El Diario de Costa Rica* sobre la matanza de 1932 en El Salvador a un nivel general analizan este hecho para expresar un discurso conservador y patriarcal sobre la sociedad nacional costarricense, de abominación hacia el comunismo y de ocultamiento de las diferencias clasistas y étnicas existentes en Costa Rica. El fin de todo esto era el evitar que ocurriera en el país un levantamiento similar al de El Salvador.

PALABRAS CLAVES: EL SALVADOR * COSTA RICA * GENOCIDIO * GRUPOS ÉTNICOS *
DEMOCRACIA * COMUNISMO * CONSERVATISMO * PRENSA

ABSTRACT

The intellectuals and politicians who wrote in *El Diario de Costa Rica* about the 1932 massacre in El Salvador at a general level analyzed this fact to express a conservative discourse patriarchal on the Costa Rican national society, of abomination towards communism and hiding differences and class existing ethnic Costa Rica. The end of all this was to avoid that occurred in the country an uprising similar to that of El Salvador.

KEY WORDS: EL SALVADOR * COSTA RICA * GENOCIDE * ETHNIC GROUPS * DEMOCRACY
* COMMUNISM * CONSERVATISM * PRESS

* Instituto de Estudios Latinoamericanos
de la Universidad Nacional de Costa Rica.
chesterurbina@yahoo.com

INTRODUCCIÓN

La matanza de 1932 es uno de los hechos que ha marcado la historia de Centroamérica debido a la forma brutal en que se sustentó en el poder el régimen del general Maximiliano Hernández Martínez (1931-1944) y la dictadura militar que gobernó El Salvador hasta 1979. La matanza de 1932 arrojó como herencia política para este país una enorme concentración de la riqueza y del poder en las manos de la élite agrícola, la cual manifestaba una mezcla de temor y desdén por los pobres rurales, y dependían de un régimen represivo para permanecer en el poder (Gould y Lauria, 2007: 307).

De modo general fueron varias las causas del alzamiento de 1932. Se considera que el despojo de tierras en 1881 y 1882, cuando el Estado decretó la abolición de las tierras ejidales y comunales para favorecer la propiedad individual, afectó a muchas comunidades indígenas y creó el descontento. Esta causa se conoce como “el malestar agrario” (Browning, 2001).

Héctor Pérez Brignoli explica los hechos señalando que los indígenas acumularon por años un fuerte resentimiento que explotó como una bomba al producirse el levantamiento (Anderson, 2001). Otra versión apunta que hubo dos movimientos paralelos: una insurrección campesino-indígena espontánea, y una conspiración comunista en función de la toma del poder. Este último movimiento obedecía a una estrategia basada en el socialismo científico. Para Erick Ching el papel del partido comunista en la insurrección queda bastante disminuido, pues este era muy pequeño, de reciente creación y sumamente dividido por discrepancias internas (Anderson, 2001).

Más recientemente se han realizado otros trabajos que analizan qué tipo de movimiento es el que surge en 1932 (Ching, López y Tilley, 2007; y Gould y Lauria, 2007). El último de estos: *1932. Rebelión en la oscuridad. Revolución, represión y memoria en El Salvador* de Jeffrey L. Gould y Aldo Lauria Santiago señala que en los hechos de 1932 existieron tres tipos de masacres: la primera, fue un etnocidio donde el racismo y la animadversión de clase fue lo que empujó a los ladinos al ase-

sinato de indígenas; la segunda fue un genocidio, al enfocarse los asesinatos en aquellos que se identificaban como indígenas. La tercera, se puede denominar —al igual que la primera— como una matanza política, al emprenderse los asesinatos contra quiénes habían apoyado la legalización del Partido Comunista Salvadoreño.

Los hechos de 1932 fueron seguidos de cerca por la prensa nacional donde los cronistas e intelectuales de la época de diferentes ideologías y posturas políticas emitieron su opinión al respecto. Este artículo se enfoca en responder las siguientes interrogantes: ¿Cuál fue la posición de los intelectuales y políticos que escribían en *El Diario de Costa Rica* —principal periódico del país— acerca de la matanza de 1932 en El Salvador? ¿qué críticas y exaltaciones al sistema político nacional implicó este acontecimiento histórico? y ¿cómo era conceptualizado el comunismo en el país?

CONSERVADURISMO, ABOMINACIÓN COMUNISTA E INVISIBILIZACIÓN CLASISTA Y ÉTNICA: LOS HECHOS DE 1932 EN EL SALVADOR A TRAVÉS DE *EL DIARIO DE COSTA RICA*

Para el domingo 24 de enero de 1932 *El Diario de Costa Rica* publicaba un artículo titulado “Peligrosas actividades comunistas en El Salvador” el cual era copia de una crónica del periódico guatemalteco *El Liberal Progresista*. En la publicación se señalaba que en El Salvador una ola de agitadores de la opinión pública, habían puesto en juego sus instintos subversivos para intranquilizar al vecino país, so pretexto de ideales caprichosos y mal entendidos (*El Diario de Costa Rica*, 1932: 4).

Dos días después en otra publicación del mencionado periódico guatemalteco se trataba de enfocar el alzamiento en El Salvador como resultado de la derrota electoral del Partido Comunista Salvadoreño. Al respecto se resalta que faltos de consistencia en sus propias convicciones como en el verdadero respeto y simpatía de la clase popular, los grupos de bolcheviques o comunistas cimarrones fueron derrotados en los comicios, circunstancia que en muchos lugares de la república dio lugar a

que se registrasen encuentros personales, ya que los comunistas no se resignaban a ser vencidos en buena lid y su despecho los impulsaba a buscar los caminos de la violencia. Se sabía que en algunas poblaciones se llegó al caso de que ocurriesen hasta pérdidas de vida como consecuencia de los disturbios así provocados (*El Diario de Costa Rica*, 1932: 3).

Sobre esto Jorge Rovira Mas aclara que la radicalización ocurrida en el transcurso del segundo semestre de 1931 influyó en el golpe de Estado a Arturo Araujo que condujo a la presidencia a Hernández Martínez en diciembre de ese año. Si bien al principio se produjo cierta distancia cautelosa entre el nuevo gobierno y el movimiento social en el occidente, a finales de diciembre sucedieron gran cantidad de huelgas, lo que persuadió a Hernández Martínez de la conveniencia de impedir la victoria electoral de la izquierda en enero en las elecciones legislativas y municipales, entre otras razones por resultarle evidente que no le beneficiaba mostrarse como tolerante con un movimiento social rebelde, no solo ante la oligarquía sino igualmente ante el gobierno de Estados Unidos, que se negaba a reconocer su administración tras el golpe de Estado. El fraude electoral del 10 de enero de 1932 se consumó justo mientras el Partido Comunista Salvadoreño se reunía y debatía sobre el curso de acción que debía seguir (Rovira, 2007-2008: 397).

Por último, el citado periódico guatemalteco enfatiza que en el elemento comunista no privan sino ideas de destrucción y de odio, sobre todo cuando teorías y principios de doctrinas exóticas se expresan a través de los filtros de la mezquindad, de la ignorancia y la violencia típicas de las masas incultas (*El Diario de Costa Rica*, 1932: 3). Vale decir, que el *Liberal Progresista* fue uno de los principales diarios que apoyó la dictadura del general Jorge Ubico (1931-1944) en Guatemala.

La forma de abordar los hechos de El Salvador produjo la reacción de don Joaquín García Monge quien para el miércoles 27 de enero de 1932 resaltaba que si se indagaba, se vería que las masas salvadoreñas habían sido nutridas con altisonantes proclamas pedidoras de exterminio para la clase dirigente de ese

país. Don Joaquín aclaraba que él había estudiado en algo las teorías del comunismo y que no era necesario matar para ser buen comunista. El comunismo era cuestión de economía política y de sociología (*El Diario de Costa Rica*, 1932: 1).

Para el escritor nacional curiosamente, pues, la principal causa por la cual el comunismo asumía el carácter de violencia en nuestros pueblos, era debido a la falta de democracia en ellos. Lo que había sucedido en El Salvador tarde o temprano debía de ocurrir en el resto de América Latina por la falsedad de la democracia, por la mentira que se ha puesto toga de catedrático, por el engaño que es la política, por el despojo que es el gobierno, por la injusticia que es el sistema capitalista, por toda nuestra culpa, nuestra culpa, nuestra gravísima culpa (*El Diario de Costa Rica*, 1932: 6).

Además, indicaba que si los Estados Unidos estaban animados inteligentemente por el deseo de fomentar la paz y la estabilidad del pueblo salvadoreño, en vez de enviar barcos de guerra a ese país mejor hubiera sido que reconocieran al Gobierno del general Hernández Martínez (*idem*).

De lo escrito por don Joaquín es necesario señalar que en ningún momento aclara las causas históricas de la sublevación y cuáles organizaciones o líderes impulsaron a los sectores subalternos salvadoreños para aniquilar a su clase dirigente. Aunque la matanza de 1932 fue un etnocidio contra el mundo indígena del occidente salvadoreño, García Monge no lo resalta, a pesar de su interés en defender al indio. En este sentido, su posición en la revista *Repertorio Americano* es que el indio debe dejar de ser un tipo pintoresco y salvaje como se le representa en las dramatizaciones escolares, sin ser ridiculizado ni degradado (Cruz, 1999: 13). Esto lo lleva a tomar una posición romántica en torno a la situación del indígena en Centroamérica, donde no vislumbra que los indígenas puedan tomar conciencia de su situación política y cultural en la jerarquía de clase.

Para don Joaquín el comunismo más que una crítica al sistema político económico del capitalismo era un asunto de índole literario o académico. Sin embargo, a diferencia de

su pensamiento vertido en 1921 ante el Monumento Nacional donde se evidencia su profundo conservadurismo tanto en términos sociales como de género (Molina, 2009: 81; y Molina y Palmer, 2000: 57-102); en esta ocasión retoma su pensamiento juvenil donde criticaba a la sociedad, la política y la cultura nacional (Molina, 2009: 78). Pese a este análisis García Monge no aborda la forma en que se estructuró la dominación política en Costa Rica y como el café había permitido dividir entre todos los sectores sociales las ganancias de esa actividad económica (Acuña y Molina, 1991).

En el fondo el pensamiento de don Joaquín es de tipo conservador ya que en vez de impugnar la forma ilegal en que había llegado al poder el general Hernández Martínez, le solicita a los Estados Unidos el reconocimiento del gobierno del militar salvadoreño. El golpe de Estado dado por Hernández Martínez infringía los tratados de 1907 entre Estados Unidos y los países centroamericanos donde se establecía que los países suscritores “no reconocerían” a ningún gobierno que llegara al poder por la vía del golpe de Estado o de una revolución en contra de cualquier gobierno electo por voto popular y que hubiera sido reconocido diplomáticamente por los demás países de Centroamérica. Sin embargo, estos tratados no contemplaban mecanismos que pudieran regular el intervencionismo norteamericano tanto en los asuntos internos como interestatales del área (Acuña, 1993: 223).

Max Jiménez por su parte decía el domingo 31 de enero de 1932 que para el caso salvadoreño lo que ha dado en llamar comunismo en realidad se debería de denominar hambre. El hombre mata cuando no tiene que comer, uno no se expone a las balas de la metralla por simples ideas que puedan parecerse a las rusas: Rusia está muy largo, el hambre muy cerca.

Pese a que no podía asegurarlo, porque no lo había visto, pero había oído repetidas veces que hasta latigazos les daban a los peones en El Salvador para que trabajaran, los cuales eran pagados con sueldos miserables, mientras los millonarios vivían una vida europea de derroche. Jiménez decía que había leído mucho

pero había visto muy pocos encomios hacia el gobierno salvadoreño, sobre que ‘era muy cruel llegar a tener que ametrallar el hambre’. La cooperación entre amos y servidores era la única solución a estos problemas (*El Diario de Costa Rica*, 1932: 4). Pese a que no critica directamente las fallas del sistema político costarricense tampoco exalta sus virtudes; sin embargo, demostró una posición más crítica hacia lo ocurrido en El Salvador.

Por su parte, el expresidente Julio Acosta señalaba para el domingo 31 de enero de 1932 que el comunismo abomina y teme la libertad y hace escarnio de ella. El comunismo, en la forma que ha asumido en los últimos tiempos, no era un ideal aceptable, se presenta violento e inmisericorde; aparece exclusivo; no ampara a todos los seres humanos, sino que abomina y extermina sin piedad a los que no piensan y sienten dentro de sus moldes de hierro; no quiere nivelar solo las fortunas, sino también los cerebros y las almas por la acción inhumana y ultrajante de la fuerza.

Para don Julio el comunismo en sí es un anhelo cándido y patriarcal; pero corren a acogerse bajo sus banderas el ejército de exaltados, descontentos, enfermos y regresivos. Asimismo destacaba que los gobiernos para impedir semejantes alzamientos deben adaptarse a una estricta pureza administrativa, a la selección cuidadosa e inteligente de sus colaboradores, a la atención constante de la masa, para formar con ella una nueva humanidad (*El Diario de Costa Rica*, 1932: 6).

El llamado que hace don Julio de atender las necesidades de la “masa” ya era parte del interés de los gobernantes costarricenses de finales del siglo XIX, de acentuar un proceso de morigeración de las costumbres, con el objeto de convertir a los sectores populares en personas más educadas y menos violentas. La puesta en marcha de la estrategia de “higiene social” por parte de la clase política dominante, aparte de fortalecer la identidad de la burguesía nacional y de otros grupos de poder en su posición de clase hegemónica, también trataba de reforzar un mayor control, vigilancia y disciplina de los grupos subalternos, lo cual fue logrado en primera instancia mediante la difusión sistemática

y constante de los valores y las costumbres de la burguesía, proceso que tenía como su plataforma de acción, la búsqueda de la consolidación de una identidad nacional por medio de la invención de la nación (Barrantes, 1995: 58; Molina y Palmer, 1992; Molina y Palmer, 1994; Molina, 1995; Acuña, 1996; Fumero, 1996; Enríquez, 1998; Marín, 2000; y Urbina, 2001).

A diferencia de don Joaquín García Monge, don Julio Acosta trata el hecho de que en Costa Rica no puede arraigarse el comunismo, aunque el régimen democrático y social tiene sus defectos más o menos graves; pero es uno de los mejores y equilibrados, puesto que ofrece posibilidades y oportunidades para todos.

Para Acosta los costarricenses deben esmerarse sin tardanza en depurar las prácticas de administración pública, el congreso, el ayuntamiento, los tribunales de justicia; y eso solo se puede lograr llevando a los poderes a los hombres superiores; estos serían siempre los naturales y lógicos conductores de los pueblos. En este sentido el pensamiento del exmandatario es coincidente con el de García Monge acerca de la historia como resultado del quehacer de los “grandes hombres” (Molina, 2009: 81).

Termina el expresidente señalando que el peligro para el país no es el comunismo, sino los llamados políticos de profesión, los que hacen de la politiquería mendaz y grosera su único medio de vivir con regalo y sin esfuerzo y piden a las intrigas y combinaciones de la política las altas posiciones que codician su ambición y desenfado (*El Diario de Costa Rica*, 1932: 6). Pese a este señalamiento don Julio no analiza que algunas de las principales debilidades del sistema político costarricense eran el excesivo presidencialismo, el fraude electoral y el predominio de partidos de tipo caudillista (Lehoucq, 1998; Molina y Lehoucq, 1999).

Por su parte don Abel Robles, Director General de Policía y Gobernador de la provincia de San José en sus declaraciones del miércoles 3 de febrero de 1932 puntualiza que lo ocurrido en El Salvador era bastante lamentable, siendo la situación de ese país muy diferente a la de Costa Rica. Para el funcionario en algunos países como ese o el de Guatemala había una división muy marcada. El pueblo y los jornaleros, estaban

sujetos a una miseria grande. La propiedad territorial estaba en manos de unos cuantos, a los del pueblo, y a los indios, se les trataba pésimamente. Los salarios eran ínfimos y los medios de vida sumamente dificultosos.

En Costa Rica las tierras están bien divididas; cada cual, más o menos, tiene su parcela que cultivar y por consiguiente, su propio medio de vida. Además, los pequeños labriegos, toda la gente de los campos, por sus costumbres y sus métodos de vida, no aceptarían doctrinas nuevas, ninguna de esas propagandas que vengan a poner el desorden en el ambiente tranquilo en que viven.

En un tono conservador señala don Abel que en el país, se podía decir que no hay división de clases, ni mucho menos que los campesinos no tienen tierras en que trabajar. Los ricos de aquí alternan con los pobres; todos los costarricenses se daban la mano y se miraban de igual a igual. Por todo esto pensaba que el comunismo no había de prosperar en el país (*El Diario de Costa Rica*, 1932: 3). Esta división de la tierra a que hace alusión el gobernador Robles era típica para el Valle Central, lo que no se puede expandir para el caso de la provincia de Limón que era manejada por el enclave bananero de la *United Fruit Company*, o el caso de la hacienda ganadera en Guanacaste donde la tierra era controlada por grandes latifundistas.

Lo dicho por el gobernador Robles hace alusión a la forma en que se construyó el mito de la raza nacional en el país. Para Steven Palmer esta ficción fue creíble por varias razones. Primero, los grupos que no podían aspirar a formar parte de la raza homogénea —los grupos indígenas, una buena parte de los guanacastecos y los negros anglicados de Limón— vivían en las márgenes de la República, en términos geográficos, demográficos, políticos y económicos. Segundo, a pesar de la pérdida de tierras que sufrieron las comunidades indígenas frente a la expansión cafetalera, las actividades económicas más vitales en Costa Rica no se habían mantenido por una explotación directamente basada en la diferenciación cultural o racial desde antes del siglo XIX. Tercero, la población del Valle Central, durante la primera mitad del siglo XIX, había experimentado un

repertorio cultural bastante parecido, y la diferenciación cultural que empezó a experimentar Costa Rica con el auge cafetalero se basó en divisiones espaciales (ciudad/campo) y clasistas y no estamentales (Taracena y Piel, 1995: 80).

De todo esto se desprende el interés del Director General de Policía de mantener el discurso liberal de que la raza homogénea costarricense tenía como uno de sus motivos el convencer a las clases inferiores que pertenecían a la misma “familia nacional” de los grupos dominantes. Con esto se buscaba evitar una identificación clasista, que podía encontrar un reforzamiento en una autoimagen étnica (*idem*). El fin de este discurso era el evitar que ocurriera en el país un levantamiento similar al de El Salvador.

CONCLUSIÓN

La matanza de 1932 en El Salvador produjo entre los intelectuales, políticos y funcionarios públicos que escribían en *El Diario de Costa Rica*, una posición que puede considerarse conservadora, la cual es suscrita por Joaquín García Monge, Julio Acosta y Abel Robles. El primero demuestra incongruencias en su discurso al señalar que el comunismo era una cuestión de índole literaria o académica, pese a que expresa su apoyo al indígena, demuestra una visión romántica hacia este al no denunciar el etnocidio salvadoreño. A pesar de la crítica que hace a la sociedad nacional no aborda la forma en que se estructuró la dominación política en Costa Rica y cómo el café había permitido dividir entre todos los sectores sociales las ganancias de esa actividad económica. Al reclamarle a Estados Unidos su reconocimiento al gobierno golpista del general Maximiliano Hernández Martínez evidencia su posición poco crítica y analítica sobre la situación salvadoreña.

Para el expresidente Julio Acosta el comunismo era una abominación política que pretendía esclavizar al ser humano, que era seguido por “parias”. Hace un llamado al perfeccionamiento de las instituciones estatales, a que el Estado se preocupe por las necesidades de los sectores subalternos, a que salgan de la

administración pública los “políticos de profesión”; sin embargo, mantiene una posición paternalista al declarar que el Estado debe ser manejado por hombres superiores.

Por último, don Abel Robles señala que en el país no podía manifestarse un alzamiento como el ocurrido en El Salvador por la supuesta “igualdad” que existía entre los costarricenses y la buena división de la tierra en el Valle Central. Su interés era el de transmitir el mito de la raza nacional creado por los gobernantes liberales a finales del siglo XIX, ocultando las diferencias clasistas y étnicas que existían en la sociedad nacional. El fin de todo esto era evitar que surgiera en el país un levantamiento similar al de El Salvador.

Max Jiménez a pesar de que no crítica directamente las fallas del sistema político costarricense tampoco exalta sus virtudes; sin embargo, demostró una posición más crítica hacia lo ocurrido en El Salvador. Resalta que las causas del alzamiento en El Salvador no se encuentran en el comunismo, sino que este movimiento político ocurrió por las profundas divisiones entre la clase dominante y los sectores subalternos, el maltrato, el hambre, la exclusión, la violencia y la falta de atención a las necesidades de los sectores populares.

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS PRIMARIOS

PERIÓDICOS

El Diario de Costa Rica. Nro.3648. Año XII. Domingo 24 de enero de 1932. p.4.

El Diario de Costa Rica. Nro.3649. Año XII. Martes 26 de enero de 1932. p.3.

El Diario de Costa Rica. Nro.3650. Año XII. Miércoles 27 de enero de 1932. p.1 y 6.

El Diario de Costa Rica. Nro.3654. Año XII. Domingo 31 de enero de 1932. p.4 y 6.

El Diario de Costa Rica. Nro.3656. Año XII. Miércoles 3 de febrero de 1932. p.3.

LIBROS

- Acuña Ortega, Víctor Hugo (editor). *Historia General de Centroamérica*. Tomo IV. Madrid: Ediciones Siruela SA, 1993.
- Acuña, Víctor Hugo y Molina Jiménez, Iván. *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)*. San José: Porvenir, 1991.
- Anderson, Thomas R. *El Salvador, 1932. Los sucesos políticos*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2001.
- Browning, David. *El Salvador: la tierra y el hombre*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2001.
- Ching, Erik; López, Bernal; Carlos Gregorio y Tilley, Virginia. *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores, 2007.
- Cruz, Yolanda. *Indignidad y negritud en el Repertorio Americano*. Heredia: EUNA, 1999.
- Fumero Vargas, Patricia. *Teatro público y Estado en San José 1880-1914. Una aproximación desde la historia social*. San José: EUCR, 1996.
- Gould, Jeffrey L. y Lauria Santiago, Aldo. *1932. Rebelión en la oscuridad. Revolución, represión y memoria en El Salvador*. San Salvador: Museo de la Palabra y de la Imagen, 2007.
- Lehoucq, Fabrice Edouard. *Instituciones democráticas y conflictos políticos en Costa Rica*. Heredia: EUNA, 1998.
- Molina, Iván y Lehoucq, Fabrice. *Urnas de lo inesperado. Fraude electoral y lucha política en Costa Rica (1901-1948)*. San José: EUCR, 1999.
- Molina, Iván y Palmer, Steven (editores). *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*. San José: Porvenir, 1992.
- Molina, Iván y Palmer, Steven (editores). *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)*. San José: Porvenir, 1994.
- Molina, Iván y Palmer, Steven. *Educando a Costa Rica. Alfabetización popular, formación docente y género (1880-1950)*. San José: Porvenir, 2000.
- Molina Jiménez, Iván. *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)*. San José: EUCR, 1995.
- Taracena A., Arturo y Piel, Jean (compiladores). *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*. San José: EUCR, 1995.
- Urbina Gaitán, Chester. *Costa Rica y el deporte (1873-1921). Un estudio acerca del origen del fútbol y la construcción de un deporte nacional*. Heredia: EUNA, 2001.

REVISTAS

Molina Jiménez, Iván. "Intelectuales y política en Costa Rica. El caso del discurso de Joaquín García Monge ante el Monumento Nacional (1921)". *Mem.soc.* 13. Enero-junio 2009.

Rovira Mas, Jorge. "1932: Rebelión en la oscuridad". Jeffrey L. Gould y Aldo Lauria-Santiago. *Anuario de Estudios Centroamericanos (2007-2008)* 33-34. San Salvador (El Salvador). Museo de la Palabra y la Imagen, 2008: pp. 420.

TESIS

Acuña, Gilbert *et.ál.* "Las exhibiciones cinematográficas en Costa Rica (1897-

1950)". [*Tesis de Licenciatura en Historia*]. Universidad de Costa Rica. 1996.

Barrantes Barrantes, Luis Osvaldo *et.ál.* "Política social, beneficencia y abandono de niños en Costa Rica (1890-1930)". [*Tesis de Licenciatura en Historia*]. Universidad de Costa Rica. 1995.

Enríquez Solano, Francisco José. "Diversión pública y sociabilidad en las

comunidades cafetaleras de San José: El caso de Moravia (1890-1930)". [*Tesis de Maestría en Historia*]. Universidad de Costa Rica. 1998.

Marín, Juan José. "Civilizando a Costa Rica: La configuración de un sistema de control de las costumbres y la moral en la provincia de San José, 1860-1949". [*Tesis de Doctorado en Historia*]. Universidad de Barcelona, Cataluña, España. 2000.